

La política unipolar

debate

WILLIAM RAMÍREZ TOBÓN

Ya sabemos que quienes logran situarse en la cima de una hegemonía particular tienden a hablar, al referirse a sus propios intereses, en nombre de razones universales. El caso de Estados Unidos no puede ser distinto a esta regla, y menos el de sus intelectuales, los cuales, aun en las más feroces críticas a su propia sociedad, no dejan de hacer saber que dichos atributos de autoanálisis son patrimonio de la excelsa dotación natural que les ha dado su tierra. La carta "Por qué luchamos" está concebida y hecha desde esas impresionantes alturas. En efecto, a partir de cinco verdades fundamentales comunes, según ellos, a todos los pueblos sin distinción alguna, los intelectuales norteamericanos establecen otros cuatro grandes valores, considerados ideales fundadores de su ser nacional, con fuerza de compromiso no sólo para la sociedad norteamericana, "sino también para los pueblos del mundo entero". Y, sobre tal presupuesto, terminan por hacer de Estados Unidos la encarnación del ideal sociopolítico universal, tal como lo expresa la carta al enfatizar que ninguna otra nación en la historia ha podido forjar tan explícitamente su identidad sobre la base de los valores humanos.

No es sorprendente que este tipo de conciencia colectiva haya terminado por propiciar, desde el pedestal de una supuesta autorealización histórica,

imágenes distorsionadas sobre la realidad situada más allá de sus fronteras. Los firmantes de la carta no dejan de reconocerlo con una calculada modestia cuando aceptan haber dado pruebas, "a veces", de arrogancia e ignorancia respecto de otras sociedades, y de haber conducido, hacia estas últimas, políticas mal orientadas e injustas. O cuando conceden, con un forzado tono de condescendencia, que detrás del radicalismo religioso islámico hay "una compleja dimensión política, social y demográfica para tener en cuenta". Y cuando, al final de la epístola, extienden sus brazos universales hacia los hermanos y hermanas de las sociedades musulmanas, con quienes dicen tener "muchos puntos en común", para invitarlos a la "construcción de una paz justa y durable".

Pero, ¿cómo construir una paz justa y durable con una nación que se erige frente a las otras políticas nacionales como la representante sin par de los fines generales de la política en el concierto internacional?

Entre las cuatro grandes y originarias fuentes de la excelencia gringa mencionadas por sus intelectuales, la dignidad humana aparece como un derecho según el cual toda persona debe ser tratada como un fin y no como un medio, principio que tiene en la democracia estadounidense su expresión política más

Director,
Instituto de
Estudios
Políticos y
Relaciones
Internacionales,
IEPRI,
Universidad
Nacional de
Colombia

concreta. Esta democracia es, pues, la materialización política de una serie de principios trascendentales encabezados por el de la dignidad humana, condición que parece conferirle a Estados Unidos el papel de personero excepcional de las políticas de la civilización deseables para todo el género humano.

Así que, ¿es *La Política*, con todas las mayúsculas del caso, otro de los valores e ideales universales congénito, primero descubierto y mejor desarrollado por la sociedad norteamericana?

Eso se desprende de la dialéctica que opone, como se desprende de la lógica de sus intelectuales, el reino de la política, es decir Estados Unidos, con unos mortíferos invasores que llegan el 11 de septiembre a Nueva York con el solo designio de "matar por matar". Y que por lo tanto luchan no contra el gobierno sino contra lo que son, en sí mismos, los norteamericanos.

No se trata aquí, por supuesto, de justificar bajo la razón de una supuesta "guerra justa" –sea ella cristiana, judía o musulmana–, las bestialidades ocurridas en muchas y nefastas fechas de la historia, incluida la de septiembre. Lo que se quiere poner de presente es que en la doctrina y en la sociedad musulmanas, la política, con todo el alcance que el término puede tener respecto de los objetivos de una civilización, una

centralidad y una coherencia que cubren todas sus manifestaciones sean éstas pacíficas o violentas. De ahí que aun actos tan irracionales como el del 11 de septiembre sean más puntos de desviación perversa dentro de un campo de relaciones políticas, que negaciones del mismo. El terrorismo islamista es la obstrucción de la política pero no la pérdida de su naturaleza como tal. En el ordenamiento islámico el Corán, con sus profetas armados y desarmados, es la Carta Magna Constitucional que orienta al Estado y la sociedad y, como ocurre con todos estos principios generales, caben allí desde las mejores hasta las peores interpretaciones.

Para concluir basta subrayar que no es suficiente, como lo hacen los intelectuales estadounidenses, reconocer de pasada el trasfondo político y social del desespero radical de algunos y muy importantes movimientos musulmanes, sino de luchar para que su gobierno modifique el sentido de una política que bajo la retórica de la universalidad de ciertos principios, busca imponer tanto sus intereses particulares como el de sus más inmediatos aliados. Sólo así podremos sentir que Estados Unidos y su élite de intelectuales y moralistas no nos predicen desde el vértice de una pirámide en cuyos escalones inferiores nos sentamos el resto de los mortales.